

Biblioteca Films

PIRATAS DE SHANGHAI



NÚM.
522

GERDA MAURI

5

134-22
241

RANDORF, ROLF

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS:
Soc. Cial. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

Núm. 522

Tod Uber Shanghai, 1932

* PIRATAS DE SHANGHAI

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la gran actriz de la pantalla

GERDA MAURUS

Narración de F. Trigueros Engelman

Producción ULTRA FILM, G. M. B. H. - BERLIN

EXCLUSIVAS

CEDRIC, S. L.

Puencarral, 5

MADRID

INTERPRETES

ELSE ELSTER-THEODOR LOOS-PETERVOSS

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

* Screen "Serie Germany" 134-224
241

Shanghai!

La bella e importante ciudad asiática está aterrorizada por una invisible banda de ladrones, admirablemente organizada, contra la cual es impotente la policía local.

Nadie conoce la "asociación terrorista", ni mucho menos la hábil personalidad directora, pero sus hazañas audaces, casi inverosímiles, dejan a diario muchas pruebas de que existe para consternación general.

Los habitantes de Shanghai viven en continuo sobresalto, ya que constantemente están amenazados de sucumbir ante la metralla secreta, sin posibles medios de defensa, ya que el poderío de la banda es tal, que la acción policíaca es nula cuando con algo de ella se relaciona.

No falta mal intencionado que no se haya atrevido pensar si esta insuficiencia por parte de los encargados de librar de plagas exterminadoras a los pueblos no fuese fingida, como si obedeciese a un plan oculto, político

o financiero, pero nada más lejos de la realidad.

La banda actúa libremente y la policía no ha podido ocultar su rotundo fracaso ni no poder impedir los atracos más descarados, los saqueos más atrevidos y los bombardeos más peligrosos.

Fruto de ello es que, desconfiadas las autoridades de Shanghai de acabar con la banda, han hecho llegar misteriosamente al comisario americano Baxter, y sin descubrir a nadie su verdadera personalidad, ya que ha sido presentado con el supuesto nombre del ingeniero Huswell, se le ha investido del más amplio poder hasta que logre descubrir quiénes son el jefe de la banda y sus colaboradores. Baxter ha llegado a Shanghai y centradísimas personas saben que se trata de él y éstas, por los cargos que desempeñan, guardan en cuanto al forastero, impenetrable reserva. En los círculos aristocráticos y políticos, se ha creído firmemente que se trata del ingeniero Huswell.

Baxter ha empezado a actuar destigado por completo de toda colaboración policíaca. Su pericia, su decisión, su astucia y sobre todo su valor probado en incontables casos de peligro, hacen de él un héroe moderno.

Es la medianoche. "La Adormidera", famosa casa de té de la expatriada rusa Praxa, está



...que rugen frenéticos ante las voluptuosas sensualidades de las girls.

abarrota de hombres de todas las clases y condiciones, que rugen frenéticos ante las voluptuosas sensualidades de las girls. Son éstas, esas lindísimas muchachas escogidas de entre los más varios ramilletes de frivolidades, que admirablemente desvestidas y al compás de una música dulzona y pegadiza, van excitando con la brujería de sus movimientos lascivos a los hombres, que las contemplan con los ojos febriles y los labios secos por los que se

escapan lujuriosamente quebradas palabrotas concupiscentes.

Entretanto, allí en la Dirección de "La Adormidera", mezcla de despacho y fumadero, una mujer y un hombre estrechamente adheridos por un mutuo abrazo, se despiden con un beso inacabable, pasional: Son: Praxa, la dueña del local y su amigo, el rico comerciante Biggers.

—¿Estas contento de mí?—pregunta ella a Biggers gachonamente.

—Lo estoy, nena — responde él apasionándola — Lo estoy, nena — contestó él aprisionándola más contra su cuerpo.

—¿Cuándo logremos...! — exclama Praxa, los labios con el acento viva de los suyos en otro beso canchaleo y fatal.

Así permanecen unos instantes, tal vez algunos minutos, mientras los ojos de ella y él, llamantes de lujuria se buscan y se encuentran en miradas abrasadoras y los cuerpos se funden materialmente uno con otro en el crisol de un deseo...

—Hasta luego, nena...—dice él separándose a la fuerza de su querida.

—Hasta luego! — suspira Praxa, y luego:

—Volverás? — pregunta.

—Volveré — afirma Biggers.

—¿Muy tarde?

—Al filo de la madrugada.

—¿Cuándo hayas dado todas las órdenes?

—Cuando haya dado todas mis órdenes a mi gente y cuando esta canalla que bebe y alborota haya evacuado el Bar y nos deje reposar tranquilos — aseguró el comerciante.

—¿Salgo contigo? — pregunta la rosa gálibonamente.

—No.

—¿Parece que quieres ocultar lo que somos?

—¿Ocultar? ¡Qué bobería! — exclama él — ¿Qué necesidad hay de pregonarlo ante aquellos a quienes no importan nuestras cosas?

—¡Es que yo te quiero a muerte Biggers! — rugió la rusa incendiando a su amante con una mirada que bien puede ser de pasión o de celos.

—Yo también te quiero a ti, Praxa. Te quiero como no he querido nunca jamás... Con amor y deseo de fiera que te despedazaría si supiera que me hicieras traición.

—Así ha de ser, puesto que de igual forma pienso yo en cuanto a ti.

—Pues así es — afirmó él disponiéndose a salir.

Que seas cauto — recomendó ella.

—Desnuda — dijo Biggers saliendo del fumadero, despidiéndose de su amada con una última ojeada de inteligencia y de pasión...

Biggers atraviesa satisfecho, radiante, orgulloso, la sala de espectáculos y se dirige a la calle donde tiene el coche que dejara al entrar.

Apenas Biggers pisa la calzada, surge de la

sombra misteriosa de la noche, la silueta de un hombre, que felino y rápido para asestarle una certera puñalada por la espalda.

Biggers se aperebse de la agresión, pero no le da tiempo a esquivarla... La mano criminal va a cumplir su cometido, si otra mano vigorosa, oportuna, más rápida aun que la del asesino no hubiera parado el golpe mortal cogiéndole fuertemente la muñeca y haciéndole saltar el arma. La mano salvadora es la de Baxter, que conseguida la finalidad salvadora vola al cobardo acochador y lo tira contra la pared.

Biggers quiere saber a quién debe la vida, y sus ojos contemplan con agradecimiento a Baxter, que sonríe como si lo que acabase de hacer fuese algo insignificante... Biggers tiende la mano al desconocido y le agradece:

—¡Me ha salvado usted!

—Ciertamente — dice Baxter —. Si la costumbre no me hubiese hecho salir casi a la par de usted, ese criminal le hubiera matado.

Y señalando despectivamente al hombre del puñal, que era un chino malencarado, escuálido y repugnante, cuyos oblicuos ojos se clavaban simultáneamente a Baxter y Biggers.

—Déjelo y marche — aconsejó Baxter al comerciante —. Nada conseguirá denunciándolo como no fuese mantener en este monstruo el deseo de venganza.

—Dice usted bien — repuso Biggers.

—Otra noche, no se confíe—dijo Baxter—, porque aquí si no se defiende uno mismo, no hay quien le defienda. La policía, es como si no existiera.

—¡Ya tendré cuidado!—exclamó Biggers, y después: ¿Si quiere usted venir en mi coche? Le dejaré donde me indique.

—Acepto su ofrecimiento, si no le cause con ello una molestia—contestó el comisario americano.

—¿Molestia? Al contrario; me produce una gran satisfacción serle útil—aseguró Biggers.

—Ea que como no nos conocemos—insistió Baxter.

—Usted no me conoce a mí—dijo Biggers, —pero yo a usted sí le conozco.

—¿Que usted me conoce?—interrogó Baxter escamado.

—Sí, señor—contestó Biggers—; usted es, sino me han informado mal, el ingeniero Haswell.

—En efecto, soy el ingeniero Haswell—dijo Baxter.

—¿Dónde se hospeda?—interrogó el comerciante.

—En el Hotel Centro—informó Baxter.

—Pues tendré suma complacencia en dejarle en el Hotel—dijo Biggers, invitándole a subir en el coche.

Baxter, sin que su acompañante pudiera aperebirse, tiró al chino una moneda de oro,

que éste cogió en el aire y se guardó apresuradamente.

Baxter y Biggers ocuparon el coche que partió hacia el Hotel Centro. Entonces, el chino sacó del bolsillo la moneda y la contempló avaro... En su cara se dibujó una sonrisa que para alguien, y a pesar de la obscuridad de la noche, no pasó desapercibida...

II

El Hotel Centro de Shanghai, a la hora del té, es un hervidero humano.

Lo más selecto de la sociedad local y de las representaciones extranjeras se reúnen a diario en los elegantísimos salones y después de consumir aristocráticas meriendas y tomar el té, se entregan fervientemente al baile...

Esta hora crepuscular, es la hora mágica de Shanghai, como es la hora mágica de todas las capitales y ciudades cosmopolitas.

El amor preside casi siempre estas grates reuniones de Sociedad y rara es la tarde que el carcaj del angelito ciego no cobra piezas, mejor dicho, no se clava en corazones para hacerlos sus prisioneros.

En el ambiente selecto y optimista del Hotel se ha esparcido una noticia interesante, noticia que ha salido como una onda y que al punto ha sido recogida por todas las antenas: Maud, la encantadora hija del Gobernador Harris, es novia del bizarro Mac-Hever, Jefe de la flota americana.

Hacía mucho tiempo que el joven e ilustre



...y después de consumir aristocráticas meriendas...

marino cortejaba a la señorita Maud, pero ésta, a quien él no era indiferente, no se había decidido a aceptarle por novio hasta ahora.

La nueva ha dado motivo para felicitaciones a los novios y regocijo general, y la hora del té se ha prolongado más de lo habitual, porque el novio ha querido celebrar la promesa de Maud, invitando a sus amistades.

Maud y Hever son dichosos, encantadoramente dichosos... De esta dicha de los pro-

medidos participan sus amistades. Ella y él se multiplican para atender a todos con esplendidez exquisita, y ello no les impide hallar un rincón grato y apacible en medio del bullicio para decirse cuánto se aman.

— ¡Cómo te adoro, Mañé! — exclama el marino, cogiendo las manos de la que ha de ser su esposa.

— ¿Sinceramente? — pregunta ella sonriendo ante tanta felicidad.

— Sinceramente. Tú lo sabes. Desde que te conocí, para mí no hubo más que Mañé... Mañé, la más linda de las muchachas; la más elegante; la más inteligente... La única que complementaría el ideal de mi existencia... Ninguna otra tenía ni tiene para mí atractivos comparables con los tuyos... Por ser como eres, es puro lo que yo estoy loco por ti...

— ¿Y si yo no te hubiese hecho caso? — interrogó graciosamente ella.

— Si tú no me hubieras hecho caso — respondió Hoyer — yo hubiera sido el más infeliz de los hombres. Pero tú tenías que hacerme caso, porque sabías, contrastabas, aguilatabas, mi predilección y conocías perfectamente que yo hubiera llegado a los mayores sacrificios por hacerme, si no lo hubiera sido, digno de ti...

— Es que yo por ti, Hoyer, también he sentido, desde que te conocía, una intensa simpatía, que fué trocándose más tarde en interés

y por último en cariño... Las cosas que le sucedían a los demás muchachos no me han interesado nunca, lo que te sucedía a ti, me preocupaba como si ya fueres una cosa mía.

— Es que había de serlo.

— ¿Lo sabía yo?

— Lo presentías — y mirándola fijamente elevó las manos de nácar de su amadísima hasta los labios y las besó dulcemente.

— ¿Te parece que sigamos bailando? — interrogó ella.

— Como gustes — asintió él, ofreciéndole el brazo y volviendo al salón, donde al punto se confundieron entre el oleaje de parejas...

Cuando la alegría invade por completo a todos y la orquesta, con las cadencias de los tangos y de los danzones cubanos, va adueñándose de todos, que se entregan complacidos a sus ritmos, entra en el salón apresuradamente Baxter, el comisario americano a quien conocimos la noche anterior al salir de "La Adormidera".

El semblante de Baxter, es agrio, duro, seco y proclama claramente que una gran contrariedad se agita en él.

Baxter en un ángulo del salón, ageno por completo a la fiesta que se celebra y con el pensamiento lejos, muy lejos de allí, espera inquieto a que termine la orquesta.

Desde un saloncito contiguo alguien le observaba con el mayor interés y procurando

disimularlo. Hemos dicho le observaba y mejor sería proclamar que le espía, porque así lo que verdaderamente hace Biggers, espiarlo.

Cuando al filo de la madrugada Baxter y Biggers se despidieron a la puerta del Hotel, para el comerciante su nuevo amigo no era otro que el ingeniero Haswell, pero... unos ojos femeninos, astutos o curiosos, habían descubierto que el chino que pretendió asesinar a Biggers, estaba comprado por el americano...

Praxa, que desde un mirador secreto todas las noches despedía visualmente a su amante, hubo de percatarse de cuanto sucedió a la puerta de su casa de te e inmediatamente con su servidor hizo llegar a manos de Biggers una carta que sólo decía:

"El chino estaba comprado por... Vigílate y desconfía de él... — P."

Aquella advertencia hizo a Biggers abandonar su suntuoso palacio y trasladarse inmediatamente como huésped al Hotel Centro, para seguir paso a paso al amigo sospechoso, que no era otro el que indicaba la carta de Praxa.

Terminó la orquesta. Muchachas y muchachos en el centro de la pista splandien calurosamente invitándola a bailar el número. La orquesta, por lo avanzada de la hora, que era ya la de cenar en el Hotel, se resistía a complacerlos, pero ante la insistencia general, el Di-



...abriéndose paso por entre la gente sale del bar...

rector llamó a prevención dando con el arco del violín en el atril y en el momento mismo de ir a atacar, una mirada de Baxter al Director hizo la levisima indicación de que "no tocase", y el músico, como si obedeciera a un mágico conjuro, no mandó tocar.

La concurrencia no se explicó aquel cambio del profesor, pero éste, con la bocina que usaba para cantar los tangos, se excusó de complacerlos por tener que pasar al comedor, de donde se les requería, a amenizar la cena que

había empezado a servirse. Un tanto desilusionados quedaron los jóvenes, pero bien pronto se hicieron cargo y con la promesa de reunirse de nuevo a la tarde siguiente, se inició la brillante desbandada.

Baxter, cada vez más inquieto y desesperado, se agregó a sus íntimos, que no eran otros que la peña americana del Gobernador, en la que estaba Maud, la hija de Harris, las hijas de los agregados y el prometido de Maud desde aquella tarde y Jefe de la Flota, Mac-Header.

Mientras ellas se retocaban el maquillaje en el "budoir", Mac-Header y Baxter las esperaban en el guardarropa. Baxter aprovechó el momento de verse solo con su antiguo y fiel amigo para decirle casi al oído y murmurando las palabras:

—Acabo de enterarme de que en el aerodromo de Formosa han raptado a nuestro Gobernador.

—¡Maldición!—exclamó Header.

—¡Chist!—Baxter impuso silencio queda pero energicamente, y después agregó:

—Ni una palabra a nadie y sobre todo que Maud lo ignore, porque el Gobernador lo rescató yo antes de veinticuatro horas, pase lo que pase y caiga quien caiga.

—¿Tiene usted alguna pista?

—De momento, no — dijo pausadamente Baxter —, pero creo que no he de tardar mucho tiempo en encontrarla.

—¿Aquí en el Hotel?

—En el Hotel o en el Infierno, pero yo le juro Mac-Header que esta misma noche sabré con exactitud quién o quiénes son los dirigentes de esta banda fatal y caeré sobre ellos implacablemente, hasta exterminarlos. Hasta ahora no poseo más que una ligerísima sospecha de quién sea el Jefe de los Piratas, pero si la sospecha se confirma mi venganza va a ser terrible.

—No vaya usted a equivocarse...

—¡Yo no me equivoco nunca! Tengo la suficiente experiencia y una sangre fría enviable para no cometer de ligero en estas cosas... Cuando señalo a alguien, como culpable de un delito, es porque la prueba de mi certeza la llevo consigo. No tema que me equivoque, porque yo no acuso sin razón.

La llegada de Maud y sus amigas al guardarropa hizo callar a los hombres, que disimularon sus turbaciones con fingidas sonrisas.

Sallaron del Hotel y se dirigieron al Gobierno. En la puerta del Palacio del Gobernador, Baxter y Header se despidieron de Maud y sus acompañantes.

Maud, contentísima por los acontecimientos amorosos de que era protagonista, subió cantando hasta sus habitaciones y ya dispuesta para ir al comedor se enteró de que su padre no había regresado todavía. Visiblemente contrariada por aquella tardanza imprevista, fla-

mó al Secretario del Gobierno para preguntarle dónde se encontraba su padre.

El funcionario no pudo complacer la curiosidad de la joven:

—No sé nada del señor Gobernador.

—¿Al menos, sabrá donde fué?—interrogó Maud.

—Tampoco, señorita—respondió el secretario—: su papá no dice nunca a dónde se dirige.

—Está bien—dijo Maud, dando por terminada la entrevista con el funcionario, que marchó a su despacho, en tanto ella por teléfono llamó a Mac-Hover al Hotel, de donde le informaron que el señor Hover no había regresado aún.

No era posible que Mac estuviera en el Hotel, ya que cuando conferenció extensa y confidencialmente con Baxter sobre el plan a seguir para dar con el paradero del Gobernador, volvió al Gobierno en ocasión en que Maud acababa de saber por una imprudente y secreta llamada telefónica del rapto de que había sido víctima su padre. Al ver a Mac, Maud corrió a refugiarse en sus brazos amargamente desolada.

—Tranquilízate, Maud—dijo Hover—, a tu padre no le ha sucedido nada malo y pronto estará de nuevo contigo.

—Pero, ¿qué le ha pasado?—interrogó Maud ahogándose de pena.

—¡Nada!—respondió Mac-Hover, más por consolarla que por convicción.

—Algo grave le ha sucedido y tú me lo ocultas por compasión.

—Na aventuras juicios temerarios, Maud. Tu padre está vivo y sano, ahora que en poder de los Piratas...

Maud cayó como desvanecida en los brazos de su novio y éste, acariciándola cariñosamente, logró calmarla:

No temas nada. En este instante Baxter corre a averiguar quién o quiénes son los que apresaron a tu padre, y tan pronto lo sepa lo libertará.

—¿Y si le han matado?—interrogó desesperadamente la joven.

No le han matado. Esta gente sabe muy bien que hacer una cosa así, era dar lugar a que mi escuadra bombardease Shanghai hasta reducirlo a cenizas. Le tienen secuestrado para que no pida refuerzos policíacos, que los descubra y los castigue, pero no les vale; Baxter es lo suficientemente astuto para averiguarlo todo y lo suficientemente activo para no actuar con celeridad eléctrica, tanto por salvar al Gobernador, cuanto por condenar a sus raptos.

—Tú me dices todo esto por consolarme.

—Yo te digo esto Maud de mi vida, porque tengo la plena seguridad de que es así.

—¡No me abandones!—rogó Muud, abrazándose a Hoyer.

—Perdóname que no te complazca... Debo reunirme con Baxter dentro de unos minutos, por si necesita de mi ayuda para acabar con esta gente, y sobre todo, para libertar a tu padre...

—Entonces... ve...—ordena ella sobreponiéndose a su dolor.

Hoyer se despide de su novia y sale precipitadamente en busca del Comisario Americano.

Mientras esto sucedía en el Gobierno, en el fumadero oculto de "La Adormidera", Biggers y Praxa, su amante, celebraban el nuevo triunfo de la banda, bebiendo, cantando y entregándose a placeres orgiásticos...

Pero... los perversos enamorados no sabían que Baxter, oculto detrás de una estatua de Buda, estaba descubriendo todos los planes...

III

Alguien ha descubierto la presencia de Baxter en el fumadero, y como ello implica un peligro inminente para Praxa y Biggers, directores y jefes de la banda de Piratas, cautelosamente ha llegado hasta ellos y con una casi imperceptible mímica les ha indicado que hay peligro. Biggers, rápido, audaz, desafiador, va a enfrentarse con Baxter, pero no lo consigue, porque éste, en el momento oportuno lanza la pesada estatua sobre Biggers, que cae al suelo como aplastado.

Praxa, provista de un revólver intenta impedir la salida de Baxter, pero el comisario, más ágil, más fuerte y más decidido, con certera puntería, de un tiro hace caer el arma que ella empuñaba hecha pedruzcos.

Al ruido de la detonación los artistas y la concurrencia de "La Adormidera", que a esta hora era numerosísima, se arremolinan y aprestan a la defensa contra cualquier posible agresión, pero, quedan chasqueados, ya que Baxter, después de dejar encerrados en el fumadero a Praxa y Biggers, compone la fi-

gura y sale pausadamente como si con él no hubiera sido nada.

Las mujeres gritan y los hombres rugen de curiosidad, pero como nadie sabe lo que ha sucedido, cada cual vuelve a su sitio defraudado.

Al fin Baxter, ya con la seguridad de conocer a los dirigentes de los Piratas y sobre la pista de donde se halla escondida la documentación, abriéndose paso por entre la gente sale del Bar, dispuesto a seguir una trayectoria que le proporcionara el éxito.

Ya en la calle ocupa un vehículo preparado al efecto para la huida por su confidente el chino "Maucara", y le dice en voz baja:

—¡Al palacio de Biggers!

El chino no se hace repetir la orden y arranca a correr con su carga, como si aquel hombre arrogante, fuerte y de alta estatura pesase menos que un airon.

La noche es oscura y triste. En el barrio populoso de Shanghai los estampidos de las bombas colocadas por los Piratas, se suceden. Unos edificios se derrumban; otros se incendian. El cuadro es aterrador y la policía es insuficiente a borrar tanta tragedia como sucede periódicamente al dar las doce de cada noche.

Desafiando el peligro el chino sigue volando más que corriendo con su carga. Al fin llegan ante el modernísimo y suntuoso Palacio de Biggers.



Amenazando con su revólver.

Baxter manda al chino que se retire y lo espere lejos de aquel sitio y en un lugar que concretan en voz baja. Obedece el confidente y entonces el comisario americano se dirige con decisión a la puerta de la casa del Jefe de los Piratas. Hace sonar varias veces el timbre, pero nadie se da a abrir. El guardián debe haberse dormido o tener la consigna de no franquear la puerta a ningún desconocido y menos a aquellas horas. Baxter empieza a impacientarse y ya iba a adoptar una enérgica resolución cuando la voz

de un chino le interroga por el ventanillo:

—¿Qué desea?

—¡Abre! — manda Baxter, imperativamente.

—No puedo — contesta el chino.

—Es que tengo una orden del Jefe — insiste el comisario.

—¡Imposible! — repite el chino —. Está cerrado con llave y la llave la lleva consigo mi amo.

—Está bien, mañana volveré — dijo Baxter.

El chino cierra el pequeño mirador y Baxter, decidido a enterarse a todo trance aquella noche de cuanto se relaciona con la banda de Piratas, espera unos minutos y al fin se aventura al asalto. Llego hasta la primer ventana baja, saca su pistola y con la culata hace añicos los cristales y penetra por ella.

El chino, que aún no había podido coger el sueño de nuevo al oír la rotura de cristales se incorpora velozmente y sale al encuentro de Baxter cuando éste ya va a ganar la escalera para dirigirse al despacho de Biggers, que está en la planta alta.

El chino intenta cortar el paso al Comisario, pero Baxter, que sabe que la pérdida de un minuto puede malograr por completo su triunfo, le da un directo en la cara que le hace rodar como sin sentido.

Libre del estorbo, Baxter sube las escaleras

a tres y a cuatro y llega hasta el despacho de Biggers.

El Comisario americano revuelve inútilmente. Saca papeles de los cajones y a medida que los examina y ve que no son los que busca, los va tirando al suelo.

Como Baxter tarda más de lo que él mismo creyera en dar con la documentación clave de los planes y planes de los Piratas, el chino guardián de la mansión de Biggers va recuperando el sentido. De pronto, el chinito, como si despertase de una horrible pesadilla, se da exacta cuenta de lo que puede significar para su amo el que se descubra el paradero de la banda y allá que sube a evitarlo como sea.

Cuando el chino llega al despacho todo lo encuentra en desorden y Baxter sigue sin dar con los papeles que precisa y que no tiene duda que están allí, ya que se lo oyó decir a Biggers en "La Adormidera" y jactándose de la seguridad del escondite. Al ver al chino, lo primero que se le ocurre a Baxter es preguntarle, pero desiste, ya que éste no sabrá nada de nada, y entonces decide librarse de él y así intenta hacerlo, entablándose una lucha recia pero breve entre los dos, que termina con la victoria de Baxter. El chino, con más picardía que fuerza va alargando la lucha para dar tiempo a ver si llega Biggers, pero el Comisario que se da cuenta de ello, refuerza

sus ímpetus y da un puñetazo sobre la sien al chino, que cae contra la mesa. La caída del chino, hace que el aparato telefónico, al parecer incrustado en el tablero, caiga, mostrando a la vista de Baxter el escondite donde guardaba Biggers la documentación. Baxter se apodera de todos los papeles presurosamente y, después de examinarlos y cerciorarse de que aquello es lo que interesaba, los guarda en un bolsillo interior de su americana y se dirige a la escalera para ganar la calle..., pero en aquel instante, como si aquel sonido fuese una señal convenida, vibró el timbre de la puerta.

Baxter se oculta, y como a pesar de las insistentes llamadas nadie abre, Biggers, desesperado por la tardanza de su servidor, corre a la primera ventana baja y ve con extrañeza que no tiene cristales. Salta por ella empujando el revólver y dispuesto a vender cara su vida, pero no halla a nadie a su paso. Sube al despacho y ve con estúpido que su enemigo ha dado con el secreto de los Piratas de Shanghai.

—¡Maldición! — exclama —. ¡Ahora me has ganado la partida, pero yo sabré encontrar pronto el desquite.

Y sin pensarlo siquiera se aventuró a salir a la calle en busca de la revancha, pero antes que él, había salido camino del triunfo Baxter, el Comisario americano...

IV

Una vez Baxter en posesión de los documentos de Biggers, se convence de que el campamento de la banda está en la Isla Negra, más conocida por la Isla de los Piratas.

De acuerdo con Mac-Hower, jefe de la flota americana y con la ayuda de ésta, Baxter se decide a atacar la guarida de los malhechores y salvar al Gobernador Harris que está en poder de ellos, según confirman a Biggers sus secuaces en una nota recogida por Baxter entre los papeles.

El Comisario americano y el marino, sin decir nada a Maud acometen la empresa de rescatar al Gobernador sin indemnización y no sin grandes esfuerzos, llevados a cabo con inminentes riesgos de sus vidas. Llegan hasta el muelle y embarcan para la Isla de los Piratas.

Una vez en la Isla, Mac-Hower queda en su acorazado, dispuesto a proteger en todo momento a Baxter, que con gran valentía se interna en el campamento de los bandidos. Éstos, que han visto a algunas millas un caño-



... una mano desconocida había prendido
fuego a «La Adormidera»...

nero americano, se creen descubiertos, y para burlar a sus posibles perseguidores, se ocultan por la boca de un pozo que conduce a unas galerías subterráneas en las que tienen secuestrado al gobernador Harris desde que supieron que había pedido refuerzos policíacos para aniquilarlos. Baxter, oculto tras unas jarras silvestres, observa a los piratas y descubre con certeza su guarida.

Entretanto, Biggers se apodera con engaños de Maud, hija del gobernador y novia del

jefe de la flota americana, y la retiene como rehén para librarse de sus perseguidores. Pero de nada le vale en astucia previosora. Baxter ha lanzado al pozo unas bombas de gas y los piratas no han tenido más remedio que salir a la superficie antes de perecer asfixiados. Cuando los hombres de Biggers se retiran del pozo para ponerse a salvo, Baxter, provisto de una mascarilla protectora, se ha internado en el pozo y ha logrado extraer con vida al gobernador Harris, que ya estaba a punto de sucumbir.

Baxter y el gobernador son descubiertos por los piratas y éstos deciden matarlos, pero no cuentan con el arrojo de Baxter, el hombre invencible que ha de reducirlos a la impotencia.

El gobernador y Baxter corren hacia la orilla del mar donde el comisario dejó una motora preparada para que los condujera al acorazado; pero los piratas los persiguen cada vez más cerca... Ya solamente separan a unos de otros unos metros de terreno. Por momentos, nuestros héroes parecen que no van a salvarse, pero Baxter, haciendo un esfuerzo supremo, ordena al gobernador que corra a ocupar la motora, que él guardará la retirada. Así lo hace Harris, y cuando Baxter ya le ve sobre cubierta, arroja a los piratas una bomba de mano con gases fuertes y los piratas caen al suelo mientras él va a reunirse con

el gobernador y ambos ponen proa hacia el acorazado. Ya en éste, se enteran por Mac-Hover que Maúd ha sido raptada por Biggers y entonces deciden bombardear la isla, lo que hacen hasta que los piratas piden paz en banderas blancas, desde el brocal del pozo.

El acorazado llega de nuevo al puerto, y cuando el gobernador y Baxter van a empujar en aeroplano la marcha hacia Shanghai, ves un auto que a toda velocidad se dirige al aeródromo. En él viene Maúd, que se ha logrado evadir de las garras de Biggers, que viene persiguiéndola... Maúd sube al avión con su padre y con Baxter, y cuando el aparato va a elevarse, Biggers, que acaba de llegar en otro auto, se tira de él rabioso y decidido y se cuelga a un ala del pájaro salvador, dispuesto a asesinar a Baxter y que perezcan todos, lo que hubiera logrado si desde el cañonero Mac-Hover no le hubiera hecho señales a Baxter, avisándole el peligro. Entonces Baxter hizo en el aire una arriesgada acrobacia, que lanzó al mar a Biggers, que pareció ahogado.

Aquella noche una mano desconocida prendió fuego a "La Adormidera", que en breves minutos quedó reducida a cenizas, librando con esto a la ciudad de la casa donde se incubaban los crímenes y se organizaban las bandas de terror y piratería.

A otra tarde Mac-Hover, jefe de la flota

americana, pedía al gobernador Harris la mano de su hija Maúd, que le fué concedida.

Maúd y Hover por primera vez, libres de las pesadillas del mal, pudieron estrecharse amorosamente y ofrecerse con un beso de amor una interminable felicidad, felicidad que debían toda al comisario Baxter, el hombre invencible que desoyendo felicitaciones y ruegos, por la paz que había devuelto a Shanghai, librándole de piratas, volvió a su país natal a continuar luchando siempre contra los que pretenden vivir al margen de la ley...

FIN

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

**Precio
UNA pa.**

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

La más antigua novela cinematográfica

TRES TÍTULOS

A CUAL MAS INTERESANTE

Yo... y la Emperatriz

LILIAN HARVEY
CHARLES BOYER

Madame Butterfly

SYLVIA SIDNEY
GARY GRANT

El beso ante el espejo

Precio: NANCY CARROLL
UNA pta. PAUL LUKAS

Pida su ejemplar antes de que se agoten a

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Sevimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

BIBLIOTECA UTIL

YA ESTÁ A LA VENTA

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotors (Fanny)

del
Instituto de Belleza de París

UNA peseta tomo

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPIACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

Señorita !!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil
tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado
antes de que se agote.

Contiene más de 200 fórmulas
de platos succulentos y escogidos

PONCHES - COCTELES
POSTRES - HELADOS, etc.

Precio popular
UNA peseta

recopilación de
Dionisio Fernández Vidales
"chef" del Maitre Hotel

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Enviamos números sueltos y colecciones completas, previa
cubierta del importe en sellos de correo. Remitan cheque o giro postal
para el certificado. Francos de envío.